

LA PRINCESA NEOMA
y otros cuentos

Hernán Heras Luna

La princesa Neoma y otros cuentos
© Hernán Heras Luna

Corrección de estilo, diagramación e impresión
Dirección de Publicaciones y Editorial
Casa de la Cultura Ecuatoriana

Primera edición
ISBN: 978-9942-34-130-3



Casa de la Cultura Núcleo Pastaza
nucleo.pastaza@casadelacultura.gob.ec
Calles Bolívar y 27 de Febrero esq., Puyo

Quito, Ecuador - 2025



SEDE NACIONAL
**CASA DE LAS
CULTURAS**
BENJAMIN CARRION

Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión
www.casadelacultura.gob.ec
Avs. 6 de Diciembre N16-224 y Patria

LA PRINCESA NEOMA
y otros cuentos

Hernán Heras Luna

Dedico este trabajo a todos quienes tengan la oportunidad de encontrarse con este libro, con un cariño especial para aquellos que aman la aventura de leer. Espero que disfruten de cada viaje a los maravillosos escenarios creados y recreados, y que encuentren placer en las historias con sus personajes y sus tramas. Que estos cuentos sean un incentivo a seguir leyendo, a reflexionar, a escribir sus propios cuentos y relatos, y hacer que brillen las letras de Pastaza.

Expreso mi gratitud al Director de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión Núcleo Provincial de Pastaza, Tlgo. Carlos Garcés, por gestionar la impresión de esta obra, por lo que también quedo muy reconocido.

Gracias a los niños y jóvenes de los clubes de lectura de Puyo, por acoger mis borradores como materiales de trabajo. También quiero reconocer a los amigos y compañeros de los talleres literarios que, en las jornadas semanales de compartir las creaciones y hacer crítica literaria, fueron los primeros en escuchar mis cuentos y aportaron con sus preguntas y comentarios.

El autor

LA PRINCESA NEOMA

Al principio parecía una nave espacial, pero conforme se acercaba los muchachos pudieron ver una poderosa criatura en forma de serpiente, con sus alas doradas y garras de león, echando llamaradas por las fauces.

—¡Es un dragón, pongámonos a salvo! —gritó Berenice, quien junto a sus amigos tomaba unas cervezas en el parque.

Despavoridos, corrieron a sus casas. Sus familiares salieron a ver qué pasaba pero todo estaba tranquilo bajo la luz de la luna.

—Ha de ser por los tragos y todo lo que andan consumiendo los guambras de este tiempo —dijeron los tíos de Berenice, mientras ella se había encerrado en su cuarto, temblando de miedo. Aún sentía la mirada del dragón sobre ella con esos ojos radiantes de escarlata.

Asistía a la universidad y los fines de semana iba a casa de sus padres, al pueblo junto a la laguna del río Blanco que baja del volcán. Era el poblado más antiguo, con misteriosas tradiciones como aquella de que allí había reinado hacía miles de años un clan de mujeres guerreras, conocidas como las temibles amazonas.

Le contó a su madre sobre el dragón y ella le respondió que debía tener mucho cuidado, pues también había visto a esta criatura cuando era adolescente y que otras personas contaban historias similares. Berenice, malanochada, se acostó temprano y despertó a la madrugada; la luna alumbraba más cerca y parecía de día. Caminó hasta la playa, a pocos pasos de su casa, con su pijama de

una sola pieza de seda, dejando ver un diminuto hilo negro que se perdía entre sus formas. Necesitó mojarse la cara y el cabello, recordando que la semana pasada se amó con locura con su novio Mariano, ahí al pie de las palmeras. Estaba tan distraída que no se dio cuenta de que el monstruo sacó la cabeza del lago y la engulló en décimas de segundos.

Sus padres alcanzaron a ver que el animal se elevaba por los aires llevando a la chica, que gritaba pidiendo auxilio. En segundos desaparecieron entre las nubes. Con las luces del amanecer, encontraron un mensaje al pie de las palmeras, que decía: «La chica estará bien y pronto volverá».

Al interior del dragón había dos astronautas que, desde el table-ro de control, esperaban a que Berenice despertara. Estaba atada con las correas de seguridad a la butaca de la tripulación en la cabina de mando. Los tipos vestían trajes estelares color plateado y llevaban cascos con viseras oscuras que no dejaban ver los rostros.

Sintiendo que el monstruo no la había destrozado, un poco más tranquila, pero con un extraño presentimiento, se preguntaba: «¿Dónde estoy?, ¿quiénes son?, ¿qué me irán a hacer?». Los sensores de la nave, advirtiendo actividad mental de la chica, dieron la alarma para los astronautas.

—Bienvenida, princesa Neoma, has dormido ocho horas —dijo uno de ellos, con timbre femenino.

El otro añadió con voz similar:

—Esta es la nave estelar Dracena 57-LTA. Nos acercamos a la ciudad Candra, situada en el interior de la Luna.

—¿Por qué me traen acá?, ¿por qué me llaman princesa? —indagó Berenice.

Le contestaron que pronto, en presencia de la reina Zelenia, se despejarían sus inquietudes. En los siguientes minutos, antes de llegar, le explicaron que sus naves han sido diseñadas con aparien-

cia de seres mitológicos para pasar desapercibidos en sus viajes estelares y que siempre han visitado la Tierra para llevar elementos indispensables para la supervivencia de sus habitantes.

Alunizaron y, utilizando un teletransportador, llegaron ante la reina Zelenia, que yacía agonizante en una especie de cápsula cerrada herméticamente con cristales transparentes. Tenía el rostro magro y pálido como si estuviera embalsamado. Los pilotos le inyectaron 1 cm de plasma que habían extraído de Berenice mientras dormía y de inmediato se recuperó, aunque su rostro seguía igual demacrado, como el de una anciana.

Alta, delgada y de cuerpo atlético, se acercó a la terrícola y la examinó de pies a cabeza. Le explicó que ella había sido la elegida y que la habían cuidado desde que nació, hacía 20 años, porque tenía la estructura genética con cromosomas raros, heredados de las amazonas, sus predecesoras, que necesitan los habitantes de la ciudad lunar. Que era la princesa *Neoma*, que significa 'Luna Nueva' en el idioma de la Grecia antigua, y que se quedaría con ellos para asegurar su supervivencia.

Los pilotos aparecieron sin casco y sin los trajes. Tenían caderas anchas y rostros femeninos, pálidos y secos, como la reina Zelenia. En un rato pasaron decenas de selenitas rindiéndole honores como princesa. Eso le gustó: por primera vez saboreó el poder y se le engrandeció el ego. Pero no tardó en reaccionar, con la agilidad de las amazonas, tomó por sorpresa a todos, sujetó a la Reina y la amenazó con una daga en el cuello. La rehén con voz ahogada ordenó:

—Hagan todo lo que pida.

La chica dijo:

—Vamos a la nave Dracena, 57-LTA —y ordenó a los pilotos—: Regresamos a la Tierra.

Nadie sabe a qué acuerdo llegaron, pero a veces Berenice desaparece por temporadas y vuelve a aparecer. En ocasiones se ve en

su casa una extraña señora que mantiene cubierto el rostro. En luna llena es frecuente ver volar el gigante dragón; otras veces, se lo ve en el lago, cerca de la casa de los padres de Berenice. Mariano en esas solitarias noches de luna mira el cielo al pie de las palmeras, a orillas de la laguna.